

MARIANO AZUELA

La Malhora



La novela corta. Una biblioteca virtual
www.lanovelacorta.com

COLECCIÓN
Novelas en Campo Abierto
México: 1922-2000

COORDINACIÓN Y EDICIÓN
Gustavo Jiménez Aguirre
y Gabriel M. Enríquez Hernández

La Malhora

D.R. © 2012, Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, Del. Coyoacán
C.P. 04510, México, D.F.
Instituto de Investigaciones Filológicas
Circuito Mario de la Cueva, s.n.
www.filologicas.unam.mx

D.R. © 2012, Fondo Nacional para la Cultura y las Artes
República de Argentina 12, Col. Centro
C.P. 06500, México, D.F.

Diseño de la colección: Patricia Luna
Ilustración de portada: D.R. © Andrea Jiménez

ESN: 7674512102953285881



Se permite descargar e imprimir esta obra, sin fines de lucro.
Hecho en México.

Índice

Bajo la onda fría	5
■	
La reencarnación de Lenín	37
■	
...Santo... Santo... Santo...	49
■	
La Tapatía. Se pintan rótulos	59
■	
La Malhora	69
■	

Bajo la onda fría

Hasta principios de enero el invierno había sido muy moderado, pero el once llegó la onda fría y a las dieciséis del trece un cielo bituminoso como el asfalto mojado de las calles acababa de engullirse al sol. La lluvia menuda y el vientecillo helado hacían esconder las manos, y quienes no llevaban paraguas ni abrigo, invertían las vueltas de sus sacos sobre la nuca y encogidos y cabizbajos pasaban apresuradamente.

Ante una mesilla mugrienta en el interior de El Vacilón, un hombre robusto y sanguíneo se mantenía inmóvil. Los lazos y banderas de papel de china de vivos colores, la esmeralda de las jarras de vidrio, los platos de filetes de oro —adorno de los muros—, las esferitas pendientes del techo, que el viento colado de la calle agitaba levemente, no iluminaban un solo instante sus ojos reconcentrados y turbios.

La Tapatía lo observaba desde su puesto de tortas y fritangas, no encendido todavía.

—Marcelo, ¿qué le pasa?

6 El hombre se removió asustado. Sacudió la cabeza y dando un fuerte golpe sobre las tablas pidió un curado de apio.

—¿Qué araña, pues, le ha picado?

Alzó los hombros y volvió la espalda.

El jicarero vino con una jarra llena.

—Otra para la Tapatía... digo no. Tapatía, tómese ésta...

—En todo caso que sirvan otra.

—No bebo... ni enchincho... Que se la tome.

—¿Está malo, Marcelo?

El hombre se encogió de hombros de nuevo.

La Tapatía apuró el líquido blanco y filante, tiró de una silla y se acercó confidencial a tiempo que entraba otro parroquiano. Pintor también. Pidió dos medidas.

—No, Flaco, yo no tomo.

El Flaco lo era como arbusto sin savia ni sostén: tres prolongaciones paralelas, visera, nariz y barba; rostro y cachucha integrándose en un todo pétreo e inexpresivo. 7

—Te digo que no quiero y ya.

Debían conocerse bien, porque ni aquél insistió ni éste se movió de su sitio.

Ahora la Tapatía, a distancia, los observaba.

Transcurrieron minutos de silencio. Don Apolonio comenzó a templar la séptima.

—¿“Costas las del levante”, Flaco?

—No, don Apolonio, van a ser las cinco. Vámonos, pues, cuate.

Enmudecido, Marcelo se caló la cachucha a cuadros, tercióse al cuello una toalla gris mu-grosa y se puso en pie.

El dril de sus blusas y pantalones, gama de tierras sucias; sus zapatos manchados de yeso, retorcidos y estrellados por el sol y el agua; sus rostros contrastantes, uno congestionado, casi apoplético, el otro descolorido e

hinchado por dos décadas de pulque, ponían su toque en la desolación de la tarde.

8 En el cruzamiento de Donceles y el Relox se detuvieron. Marcelo dijo bruscamente:

—Yo no subo.

El otro tomó la escalerilla de hierro de una gran fachada en construcción, ascendió hasta perderse como araña minúscula en el gigantesco andamiaje y dijo:

—¿No vienes, pues?

A la voz velada de arriba respondió leve movimiento de cabeza y hombros; pero un movimiento angustioso que implicaba la fuerza enorme de una voluntad claudicante que ha de decidir un sí o un no.

Con los ojos claros en la borrosa luz del cielo, Marcelo seguía esperando sin esperar. Extraña obsesión, anhelo impreciso, necesidad inconsciente quizás de un toque de luz viva, de color púrpura que rompiera en un punto y por un instante al menos el blanco sebo de la tarde, le mantenían como fiera atónita.

Oíase el sordo discurrir de los automóviles de linternas apagadas, achaparrados, desfilando rápidos cual interminable procesión de negros ataúdes. Los globos de alabastro de la luz, blancos aun, se alargaban de trecho en trecho en medio de la calle, entre las madejas de hilos y de cables. El mismo brillo metálico del agua en el asfalto parecía esclerótica de agonizante.

Dando diente con diente, el Flaco gritó arriba:

—No se puede hacer nada, hermano.

Y comenzó a recoger botes y pinceles.

Al saltar un pretil, sus manos resbalaron en el lodo de un dentellón.

Un grito de angustia arriba y una exclamación sofocada abajo. Pero las manos crispadas en furioso instinto de vida lograron asirse de un cable, mientras que las piernas se entrelazaban a un poste como serpientes.

Lo de abajo fue más grave aún. Una llama intensísima iluminó el alma de Marcelo,

pero fuego deslumbrador, instantáneo no más, como el grito de terror de arriba.

Entonces una sonrisa siniestra de decepción.

10 Nadie le seguía. Pero sus zapatones desclavijados chapoteaban sordos y precipitados por los charcos.

■ ■ ■ ■

El Vacilón rebosaba. Risas jocundas de mandolinas, quejumbres de la séptima de don Apolonio y “Flores Purísimas” del Flaco, tenor de mucha fama en Tepito. Oleaje de harapos sucios e insolentes como mantos reales; cabezas achayotadas, renegridas; semblantes regocijadamente siniestros; cintilación de pupilas felinas y blancura calofriante de acuminados colmillos. Bajo lámparas veladas por pantallas de papel crepé, contraste rudo de líneas y claroscuro, desintegración incesante de masas y relieves.

La Tapatía, ausente a todo aquel vocerío de manicomio, mantenía atentos sus ojos al comal

de frituras confiado a la fámula, quizás más bien a cada hampón que entraba chorreando y tiritando.

“Este diablo de Marcelo tiene algo que a los otros les falta. El curado de apio me lo bebí porque sí... o más bien dicho porque él me lo dio. ¡Qué sé yo! Cosas que uno siente y ya...”

11

Porque desde el día en que el tequila alcanzó cotizaciones de champaña la Tapatía aprendió abstinencia. Y con la abstinencia se le reveló una actitud atávica, la economía; luego otras. Se hizo un círculo vicioso. Don Apolonio, el patrón, dijo: “esta muchacha es de porvenir” y le dio el puesto. Eso y las reminiscencias: el chocolate caliente, espeso y oloroso de allá, el colchón de pura lana con sábanas de calicot muy limpias, las blusas y faldas de gasa con mucho listón y encaje, y las amistades de allá —¡esas eran amistades!—. “¡Mal haya para el de los galones sobredorados y franjas de zagalejo que me sacó de un tendejón decente para venir a ti-

rarme a estos mugreros de Tepito! ¡A mí, tapatía del barrio de mero San Juan de Dios!”

12 Hermético a sospechas que pudieran agriarle la alegría de la velada, Epigmenio se decidió:

—Lo que es ahora si me cumples, Tapatía.

—Hoy menos que nunca.

—¿Por qué? ...

—No sé... me siento mal. Desde en la tarde no puedo ver la mía...

—Nunca te ha faltado pretexto.

—Te digo que no... mira... en fin, cosas que yo no te sabría explicar.

—Pretextos.

—¿No oíste a las ocho cómo aullaba un perro allá en la calle? No sé, de veras, que me pasa; tengo ese lamento aquí en los oídos... Me he acordado de mi gente... Oye, se me figura que está ladrando todavía. Déjame ir a la puerta.

Abrió. Una franja de luz encendió los baches; estrecha cinta luminosa en el fango negro. Casas, muros, empedrados, el llanto de la noche,

todo un mar de fango. Entró una ráfaga helada, se agitaron las esferitas de colores y los focos eléctricos. En las paredes danzaron estrambóticas sombras chinescas.

13

Atento el oído, percibió un grito ronco en la lobreguez impenetrable, luego rumor de pasos que se alejan con precipitación, después un ¡ay! que se repitió tres veces, desfalleciendo hasta extinguirse en sordo estertor. Cosas de la colonia de la Bolsa.

Pero la Tapatía estaba nerviosa, se llevó las manos a su pecho acongojado y rezó un padre-nuestro y una avemaría por el alma del occiso.

—¿Sigue ladrando tu perro?... Anda, entra; lo que vas a coger allí es una buena pulmonía.

Epigmenio le ciñó la cintura y regresaron a su sitio.

Epigmenio el de La Carmela, “Carnes finas. Manteca de Guadalajara”. Cliente de conveniencia. La Tapatía libaba con él por complacer al patrón, haciéndole gasto a la casa.

Una muchacha acababa de saltar sobre una tosca mesa de pino y todo el mundo se apartaba para hacerle ruedo. Tendría apenas quince años y ya los pies soplados, los brazos de cebra y las mejillas de anfiteatro. Una funda sudosa cubría sus cabellos deshechos, garras renegridas colgaban en torno de su pecho y de sus muslos. Al compás de estrepitosos palmoteos comenzó a bailar.

—¿Tapatía, a quién esperas?

—Te digo que a nadie.

—No hablas, no respondes, no me haces caso.

—¡Cosas tuyas! Mira, mira a la Malhora... ¡Ja... ja... jajajá!

La bailarina hacía prodigios de obscenidad y triunfaba una vez más.

La bailarina astrosa de las carpas de Tepito, que de los brazos de Marcelo había ido a caer a los de todo el mundo y rodaba por todos los antros y que ya en las tablas no conseguía ni una sonrisa desdeñosa para sus atrocidades, descen-

diendo, descendiendo, habíase reducido a cosa, a cosa de pulquería, a una cosa que estorba y a la que hay que resignarse o acostumbrarse.

Coreábanla a grandes voces y, frenéticos, le marcaban el compás a pies y manos. 15

Epigmenio dio un golpe sobre la mesa con su mano abierta.

—Epigmenio ¿qué tienes?

—Ya lo sabes...

La Tapatía se puso bruscamente en pie:

—Oye, dime...

Vaciló un instante, luego se decidió:

—¿Serías, pues, capaz de casarte conmigo?

Estalló la carcajada. De una lógica tan irreprochable que la misma Tapatía, cohibida, no puso más resistencia y se dejó caer en los brazos de Epigmenio.

Los vasos se alzaron entonces en irizaciones cantaridinas. Pero en el mismo momento la Tapatía sintió la fosforescencia de unos ojos que la herían por la espalda. Y se volvió, demudada.

En el cuadrilongo de la puerta, Marcelo acababa de aparecer.

■ ■ ■ ■

16 Del fondo sombrío y grasiento, entre la hilache-
ra tumultuosa, una voz:

—Marcelo... Marcelo...

Una voz metálica con sonoridades de aguar-
diente.

Y en el fondo también, Epigmenio rechinando
las quijadas porque la Tapatía se le escurrió de las
manos. Su rugido de despecho se ahogó en la al-
haraca.

—Marcelo, cuánto me alegro de verlo ya así...
Dígame...

El le tendió la diestra. En su rostro no había
más barruntos de tempestad.

—Patrón, aquí dos medidas.

—Dígame, Marcelo, ¿qué tenía, pues, esta
tarde?... Algo le ha pasado, no me lo niegue...

El Flaco acabó “Una furtiva lágrima” y vino
a saludar a Marcelo.

—¿No me das, pues, un abrazo, cuate? ¡Hoy
nacé de vuelta! ¿Cómo?, ¿no viste, pues, nada?
Si no ha sido por el calabrote a estas horas soy
difunto.

17

La frialdad de Marcelo era insultante, pero el
Flaco manejaba mejor la brocha que el puñal y un
do de pecho era el vértice de su voluntad y de sus
anhelos. Se alejó vocalizando una nueva canción.

—Oye, Pimenio, arrima la jarra... ¡hum qué
cara!... A tu salud y chócala... ¡La Tapatía! No
te pierdes de gran cosa... bueno, pero tu gusto
es muy tuyo... Si es capricho, ensártalo enton-
ces... ¡Zas! uno a fondo y te lo quitas de enfren-
te... No te creas de lo que dicen... montonero
no más. No es el león como lo pintan. Tú sa-
bes si yo sé bien lo que te digo. ¡Un desgracia-
do de veras! Mira, un puñete no más y hasta el
barrio pierde... Arrima acá la jarra, Pimenio...
se le seca a uno la boca de nada y nada... Eso
si la quieres de veritas... ¡Ps! no es mecha...
Para desengañarte convídala al baño... pata de

gallo, pelo postizo, muelas picadas y unas manchas en las piernas del tamaño de un centavo.

18 Epigmenio no pudo más; levantó su vaso y bañó el rostro de la Malhora que saltó asperjando insolencias.

—¡Que se quema, que se quema; échenle agua...!

Marcelo le vació su medida en la cabeza. Y como su gracia cayó bien, xtodo el mundo lo imitó.

Empapada, untadas las ropas, encogida como perro mojado, corrió a refugiarse tras una barriaca enorme, a espaldas de Epigmenio.

El mancebo de La Carmela dormía de codos sobre la mesa. Marcelo, de un empujón, lo arrojó a roncar sobre el aserrín vaporizante.

Riendo a carcajadas, la Tapatía pasó sobre él. Pero apenas acababa de sentarse, sofocó un grito de espanto. Pronta, sacó su propio pañuelo y lo metió entre la pechera y el sweter de Marcelo. La salpicadura de sangre desapareció.

Se miraron sin hablar. Lívido, él bajó la frente.

Tras de ellos la Malhora lo vió todo con turbia mirada de idiota.

■ ■ ■ ■

19 El rumor entra como un soplo de la noche. Allá afuera acaban de asesinar a un hombre. Bastaría cerrar la puerta, pues. Pero dos discos rojos rasgan la negrura de la calle y en la puerta asoman dos graves rostros embozados de azul.

¿Habrásé refugiado allí el asesino? ¿Quién podría jurar que el homicida no lo sea su propio vecino? Por tanto se levanta una muralla impenetrable de silencio ante las interrogaciones medrosas de la policía.

Hombres de experiencia, los agentes de seguridad se despiden por haber cumplido ya con su deber.

—No se vayan no más así, tecolotes... obséquienme con una doble siquiera... Espérenme, que les hago compañía... ya no quiero estar con estos tales...

La cabeza de la Malhora asoma airada como emergiendo de las profundidades del mismo barril.

Una canción descoyuntada, pasos pausados en los baches, dos luces fugitivas que ora se acercan, ora se alejan en la calle lóbrega, bajo el zumbar monótono de la lluvia.

Los tres se detienen. Sobre un montón de hilachas, negras de lodo, se proyecta al acaso el haz luminoso de una linterna. Una cabeza de líneas inextricables en un charco de fango y de sangre.

—¡A ver, gendarme, a ver!... ¡Más luz!...

Bañada de púrpura, entre las manos de la Malhora se levanta una pesada cabeza, un rostro todo arrugas y canas, los ojos desmesuradamente fijos, la boca espumante en rosa...

Un alarido. La cabeza chapotea en el fango.

—¡Mi padre!...

Sus labios lívidos tocan unas mejillas ríspidas y más frías que la noche. Grita con toda su fuerza:

—¡Padrecito de mi alma!... ¿Padrecito, dime siquiera quién fue?

—Es mariguana —observa uno de los agentes del orden público, guiñando el ojo a su colega.

—Estás borracha.

—Yo sé quién es el asesino, gendarmes...

—Cállate, escandalosa, mejor vete a acostar.

—Sígueme; les digo que yo se los entrego.

—Lo hubieras dicho antes allá en la cantina.

Erguida, en la oscuridad su silueta se alarga como fantasma. Y habla como si el dolor le hubiera exprimido hasta la última partícula de alcohol de su cerebro.

—Vengan conmigo... yo se los entrego...

Injuria, amenaza. Hay un instante en que duda de sí. Se acerca de nuevo y levanta otra vez la cabeza del difunto. Los ojos de cristal la miran sin expresión.

Sola, porque ya los capotes azules se perdieron en las tinieblas, da de gritos.

Sus lamentos son saetas que la noche se traga, cuando la policía regresa con la camilla.

Se acercan y levantan el cadáver.

La Malhora se bambolea y se desploma. Enojoso incidente para los camilleros que sienten ya el doble peso.

■ ■ ■ ■

Entreabre sus párpados de plomo: un gran pabellón blanco, doble hilera de camas blancas, siluetas taciturnas al descolorido e intermitente sol que entra por puertas y ventanas. Sopla el airecillo quejumbroso en los yertos ramajes del jardín.

Un esfuerzo y comprende. Todo está bien. ¿Qué más da despertar bajo el recio puntapié del pulquero que abre su “establecimiento”, retirando estorbos del quicio, que en una de estas salas tan limpias, con todo y su olor de remedios? Igual es pernoctar en húmeda galera de Comisaría que en cualquier basurero de la Bolsa, al calor de dos o tres perros famélicos.

Sí, todo está bien... menos esos hombres de negro que preguntan más que un catecismo.

¿Cómo se llama usted? ¿con qué apodo es más conocida? ¿qué tantos años tiene usted? ¿en dónde vive usted?

Y luego la pregunta brutal:

—¿Conoció usted al llamado N. N.?

Su memoria naufragante resplandece.

—¿Usted sabe quién es el asesino de su padre?

Inclina la cabeza; el llanto y los gemidos no la dejan articular una sílaba.

—El nombre, en seguidita el nombre —aconseja el escribiente del juzgado, pobre diablo carcoma de Belén.

Pero el joven y novel juez instructor, hermoso pavo real de los de la última hornada, no tolera consejos ni advertencias.

—No, señor, primero los antecedentes. Porque, ¿sabe usted?, no hay tragedia sin antecedentes.

Así pues, vamos por orden: primero el sótano hediendo a salitre, negro como boca de fogón, donde ella vio o debió haber visto la primera luz; la portería de una inmensa vecindad de Pe-

ralvillo; segundo, papá y mamá viviendo vida de ensueño y riñendo hasta el instante en que ésta revienta de puro hinchada, ¡glorioso agave!; en seguida a la calle, el figón, la plaza, el tablado de Tepito y lo demás; las amistades que le enseñan a uno unas cosas... ¡pero qué cosas!...

—¡Perfectamente! ¿Lo ve usted, señor escribiente? Atavismo, educación, medio... sólo nos faltan los antecedentes. En la historia, en las letras, en la vida, toda tragedia tiene sus antecedentes, ¿sabe usted? El escribiente tose su frío y su tisis.

Altagracia, agotada, se pone verde botella y resbala convulsa, con espuma en los labios.

—¿Ha muerto? ¡Pronto, pronto el interno!

—No, señor, es la cruda.

Una inyección de éter sulfúrico y un berrido de becerra fogueada. Al punto se reincorpora.

Su mano trémula aparta a un lado la madeja revuelta sobre sus ojos.

Ahora un tónico.

Altagracia lo apura con avidez. El alcohol brilla al instante en sus ojos avejigados.

—Concretémonos, pues, al crimen. ¿Dónde, cuándo, cómo y en qué circunstancias conoció usted, señora, al asesino de su padre?

—¿A qué asesino?...

Los ojos asombrados de Altagracia y la zorruna sonrisa del escribiente.

—Declaró al comenzar esta diligencia que conocía a la persona que perpetró este delito.

—No es cierto. Yo no sé nada.

—Léasele el principio de su declaración. Oiga usted...

—“A la pregunta ¿sabe quién es el asesino de su padre? respondió afirmativamente con la cabeza, no pudiendo hablar porque un desvanecimiento la privó del uso de sus sentidos, por lo que hubo de suspenderse la diligencia...”

—¿Ahora qué dice usted?

—Yo no sé nada.

—¡Extraordinario!

Y como el escribiente, colmillo de víbora, sonrío, el juez instructor clama estridente:

26 —Haga usted que se presenten al instante los gendarmes aprehensores.

Estas sordas reyertas, estas mínimas revanchas, espantan las dolencias crónicas del “inferior” y casi lo desfosilizan. Corre y pronto regresa con la policía.

—¿Conocen a esta mujer?

—La Malhora, sí, señor.

—¿Qué saben de ella?

—Que es ebria consuetudinaria y fuma mariguana.

—Me refiero al acontecimiento de anoche.

—Pst... pst...

Naturalmente no se avanza nada: la estupidez policíaca y el “yo no sé nada” de la muchacha son muralla infranqueable e inaccesible a las altas dotes del joven psicólogo.

—¿Sabe la pena en que incurre declarando falsamente, mujer?

—Alcohólica y mariguana —apunta insidiosamente el escribiente, rascándose una oreja.

Y mientras el juez se da refrenadas palmaditas en sus pantalones sin rodilleras, dos sonrisas se juntan, la canallesca del tísico marrullero del palacio de Belén y la idiota de la hija legítima de la colonia de la Bolsa. 27

Por lo que el joven letrado, “una de las esperanzas más legítimas de nuestro foro”, opta por salir a tomar un aperitivo, mientras el escribiente formula el auto de libertad.

■ ■ ■ ■

En el hospital, Altagracia supo acordarse a tiempo de una máxima sagrada; la correlativa fue su obsesión en cuanto se puso camino de “Los Alcanfores”, “Estas cosas se arreglan siempre entre nosotros solos”.

Por tanto se detuvo a su paso por La Carmela en solicitud de un cuchillo.

—¡Ah, sabes entonces quién fue? —respondió al punto Epigmenio, benévolo como en estos casos debe serse.

La Malhora lo llamó más de cerca.

—¡Ah!... ¿estás segura?... ¿Sí?... Cuenta conmigo...

—¿Palabra?

—¡Palabra!...

Un juramento sobre los Santos Evangelios no tendría más valor.

—A las ocho, pues, en El Vacilón y calle... tano.

Entonces Altagracia, ambliópica y digna (porque sus labios no se habían mojado todavía) se alejó por las calles sórdidas de Hojalatería.

Muy antes de las ocho, convenientemente lívida y desgredada, entró en El Vacilón.

Se le hace ruedo. Cuando uno está en desgracia ¡pues! le queda el consuelo de las amistades.

Parece que ya corrió el rumor de que ella sabe. Da gana de preguntarla; pero ¿quién primero? Hay cosas que lo hacen vacilar a uno,

casi temer. A lo mejor un compromiso. La pulquería tiene sus discreciones.

Altagracia recibe muchas condolencias y se queda sola con su dolor.

Casi sola porque la Tapatía la asiste con efusivos y reiterados vasos de pulque. ¡La Tapatía! A bien que una misma no sabe quién la quiere bien y quién no.

—¿Y sabes quién fue él?

Incomprensible. Así la pregunta a quemarropa.

Cuando la Tapatía quiere corregir su torpeza, Altagracia, naturalmente, está viendo foquitos que bailan como rosas de sangre.

—¡Tú lo sabes mejor que yo, hija de la...!

—Mentira, Altagracia, yo no...

—Lo que te sobra de cuerpo te falta de alma... ¡mula!...

—¡Cuánto sabes!... Por algo te han de llamar malhora...

Hubo que separarse de tácito acuerdo y para no enterar a los demás.

Cuando Epigmenio entró muy despectivo para la Tapatía, Altagracia le salió al encuentro. Se guiñaron los ojos.

—Mira el chafalote que te traigo.

Hablaron quedo y ya lejos en un extremo. La mano de Altagracia tomó febrilmente el puñal.

—Aquí dos medidas, patrón. Y dime ¿tu hombre?...

—No ha llegado.

La Tapatía pasó muy cerca de ellos. Epigmenio levantó la cabeza y encontró una mirada que le apagó el coraje; unos ojos como nunca se los había visto.

—¿Ella sabe, pues, algo?

—¡Una desgraciada...!

A Epigmenio le entró miedo muy extraño. No salió al instante porque entre hombres es preferible que lo maten a uno a la mala, a ponerse en evidencia.

La Tapatía se clavó en la puerta.

—¡Qué noche, don Apolonio! Más de algún pobrecito amanece tieso mañana...

Había dejado de llover, el cielo se despejaba en una inmensa plancha de zinc, la luna subía como pedazo de oblea y el aire zumbaba en tropelío desenfrenado de saetas.

La Tapatía rezó entre dientes un padrenuestro y una avemaría.

Porque siempre tuvo temor de Dios y amó a su prójimo como a sí misma.

Entonces entró Marcelo castañeteando, los brazos en las costillas.

—Parece que le dan a uno de cachetadas, Tapatía. ¡Qué helada para mañana!

—Altagracia, ándale, búllete, que ya está aquí... Toma...

Epigmenio forzó el mango de marfil entre los dedos agarrotados de la Malhora. Ululante, en plena intoxicación, ella no podía ya ni con el peso de sus propios ojos.

Entonces a Epigmenio los recelos se le volvieron pánico y salió rumbo a La Carmela como perro encohetado.

Marcelo lo vió salir, sin comprender.

La Tapatía lo llamó y le dijo:

—Marcelo, vamos a la cantina de enfrente...

Un ponchecito para este frío.

En la esquina discutieron ampliamente el caso.

Bueno. Porque sus abismos se miraron y entraron en conjunción.

Al amanecer, bajo un cielo ópalo ondulado y una atmósfera cruel, la policía encontró en un prado de la avenida del Trabajo, allí muy cerca del quiosquito, el cuerpo blanco y congelado de la Malhora, sin una ropa, yacente entre escamos de nieve y zacatitos de plata.

¡Ah!, también descerrajadas las puertas de La Carmela, fracturada la caja y el tocinero Epigmenio cosido a puñaladas.

Porque la Tapatía era una gran intuitiva. Marcelo habría hecho las cosas bien; pero sin finalidad. La Tapatía no. Donde ponía negro resultaba blanco y un puñado de fango al pasar por sus manos se tomaba copo de armiño.

Por ejemplo, cinco años antes, el Jurado del Pueblo, ante quien compareció por los delitos comprobados de robo y homicidio frustrado, comprendió con no rara clarividencia las virtudes de la reo. “Es hacendosa, económica, amante del trabajo, continente y abstinente. Digamos una hormiguita arriera. Víctima inocente de su medio. Devolvamos a la sociedad un miembro que puede ser digno de ella”.

La Tapatía salió absuelta entre los aplausos del pueblo y los bostezos de los legisladores.

Absuelta y con más nobles ambiciones: devolver a la sociedad, verbigracia, no uno sino dos miembros de ella con un estanquillo La Tapatía y una asesoria inmediata, Se Pintan Rótulos.

Para ello sólo faltaba un principalito.

Ahora todo se había encontrado.

La sociedad pudo recibirlos en su seno.

■ ■ ■ ■

Esposas, mordazas, resortes de acero en la nuca invertida. Hierro, frío, carne, huesos, todo una.

En frente el de los cabellos crispados con una cabellera de sangre líquida en la punta de su cuchillo. Ella también; sí, ella con sus dientes de porcelana y su risa de loba. ¡Ella!... Y no poder estrangularla siquiera...

Entonces las ramas abiertas de la tenaza le desgranán los maxilares; los ojos se retraen dentro de sus hornacinas, las quijadas chocan estridentes, las mismas alas de la nariz se repliegan aterrorizadas.

—¡No, ya no!... ¡Piedad!... ¡que no quiero ya!...

Y ésa, la de los dientes de lobo, que no le quita su risa de berbiquí de enmedio del corazón.

—Que no quiero... ¡que mejor me dejen morir!...

Un momento o una eternidad de tregua. Oscuridad y silencio de un cerebro apagado.

Después se repite el mismo film: una, dos, diez, cien, mil miles de veces.

—¡Animo, ánimo!... Ya vuelve en sí... un traguito más...

—¡Que no quiero!...

Los muros mismos deberían retemblar a los gritos. En realidad no hay más que unos labios que se remueven en vago e ininteligible murmullo.

Las fricciones de hielo vuelven a rubificar el mármol lívido de sus carnes heladas. Abreboca, pinza de lengua, respiración artificial.

—¡Bendito sea el Señor! La hemos salvado.

—¡Animo, mujer, ande usted, un poquito de vino que le devuelva el calor!...

—¡Que no quiero vino, que no!... Madre mía de la Conchita, te juro que no he de probar una gota mientras... mientras...

Y cae agotada otra vez.

Por lo demás, Altagracia la Malhora se ha salvado.

—Cuenta con mi ayuda. Usted quiere redimirse, adivino sus palabras. Todo corre de mi cuenta. Me la llevo a mi propia casa, hija mía...

La reencarnación de Lenín

Tengo cuarenta y cinco años, veinte de ejercer, mi profesión. Alfonso, que es el que más me ama, asegura que soy de rara habilidad quirúrgica y, por ende, de inteligencia mediocre. Lo dice a espaldas mías y dudé. Ahora no, porque desde mi reclusión en el manicomio veo justo y pienso. Sí, pienso, aunque ejerzo. Pero también un sacerdote amigo mío dice misa y hace cinco años que Dios se le ha perdido. En cambio yo lo hallé; tanto que ya no me cabe en la cabeza.

No tengo hijos ni quien me los atribuya. Mi único desquite de la casa Meister Lucius & Bruning Hoechst, de Alemania, que ha nutrido mis venas y mi raquis con algunos centenares de neo.

Mi mujer es casi joven. Sus sentimientos son como sus ojos, bellos, expresivos y profundos. Admira por su amabilidad, ternura y complacencia. El límite de sus virtudes soy yo. ¡Yo mis-

mo! Como me dio su cuerpo puro, así me ha dado su alma desnuda. A mí solo, sólo para mí. ¡Gracias!

38 Aparte de su indomable fiereza hogareña, tiene tres pequeñas manías: contradecirme absolutamente, martirizar mi hiperacusia con regueros de porcelanas y cristales estrellados y hacer obras de misericordia. Primero la puericultura; pero su sistema de alimentación (leche condensada con yerbabuena) sólo le ha dejado una docena de blancas lápidas en Dolores. Prefirió entonces bautizar chinos. Todos los que en quince años nos han lavado la ropa recibieron las aguas lústrales y su regalo respectivo de manos de su madrina. Pero Li Ung Chang descubrió torpemente que en cuatro años se había bautizado catorce veces y que la lavandería era fruto de su doble industria. Ahora se consagra a redimir mujeres caídas y fuera del estado de merecer, con sus honrosas excepciones. La última, por ejemplo, es una muchacha de quince abriles malogrados física y mentalmente.

“El padre Quiñones se ha hecho ya cargo de los males de su espíritu, Altagracia; mi esposo va a curarla de sus dolencias corporales. Samuel, Altagracia necesita reconstituyentes, cacodilatos, nucleínas, estrícnicos... tú sabrás”.

“¿Conque Altagracia? ¿Nombre de guerra, eh?”.

Levantó su frente vellosa y cerrada (un jumentillo de dos semanas) y me miró. Mirada de animal... digamos, de animal domesticado. Ello fue que sus dos luciérnagas en la negrura de mi cuarto no me dejaron cerrar los ojos. Hasta que me levanté y le abrí el balcón a la noche espléndida, comprendí. ¡Los ojos de Lenín! Sí, señor, ¿por qué no? ¿Y la teosofía? ¿y Einstein?... Por lo demás eso me basta a mí. A mí, Universo... a mí...

No he dicho, sin embargo, quién es Lenín. Una historia: el día de mi triunfo o de mi derrota, que es igual. A las veinte el discurso de recepción académica, a las veinte y cuarenta y cinco

lo otro. Es decir, cuando todavía llevaba debajo de mi blusa de trabajo el calor de los abrazos y en mis oídos el estruendo de los aplausos y las sacramentales palabras últimas: “venerables apóstoles de la caridad cristiana... vidas heroicas consagradas a la consolación del dolor humano...” Y lo demás. ¿Por qué, señor, puse entonces mis ojos en los ojos de Lenín, yo que sólo cuidé siempre de la perfecta posición del campo operatorio? Inmovilizado por las correas en la mesa de vivisección, abiertos y tensos los miembros, el abdomen al aire, un vientre de terciopelo gris de plata, tibio y agitado por la respiración del terror. Unos ojos de cristal, implacablemente expresivos, desbordantes de incógnitas. ¿Qué?, ¿amargos reproches?, ¿impotencia humilde y resignada?, imploración de un ápice de piedad?, ¿estupor ante el omnipotente bípedo?, ¿promesas de gratitud sin límite? Todo y nada. Pero ¿por qué no mejor un feroz mordizco? Me habría arrancado un dedo o mi mano, pero no mi

tranquilidad burguesa de “mártir del deber y de la ciencia”. El corazón, pues, se debatió como pájaro montaraz enjaulado. El escalpelo huía de mis dedos inciertos. Pero ¿y la memoria sobre “la sutura de los gruesos vasos”? ¿Y la vanidad? Volví bruscamente el rostro. Sobre el cuello tendido de Lenín una rebanada blanco nácar, luego un surco desbordante de púrpura. Y un ladrido ronco, ahogado por la mordaza.

Nada más. Nada más.

Adelante, siempre adelante. Hasta el golpe estridente de martillo:

“¡Hipócrita, cobarde, miserable!”...

Juro que lo demás no fue obra mía. El bisturí cortó las ataduras, él las cortó. Lenín dio un salto tremendo, estrelló los cristales y del balcón de mi tercer piso fue a caer, saco de huesos, en la calle sombría.

¿Lo demás? Un velo impenetrable. Ni tiempo. Ni espacio. Un velo negro que rasgarán, una tarde otoñal, en los jardines de la Castañeda,

apocalípticas nubes de sangre, nubes que se tornan letras estupendas de sangre y que todavía me queman los ojos. ¡ASESINO!...

42 Ahora se ha convenido en que estoy curado, y discutiré con Alfonso y mi mujer la diferencia que hay entre asesinar a un hombre y asesinar a un perro.

■ ■ ■ ■

Y bien, Altagracia... digo, Lenine... es decir... Mi mujer es muy piadosa y Alfonso es sabio. Mi discusión me valió el reingreso al manicomio. Salgo después de seis meses, curado otra vez. Con todo, Alfonso dice: “debes seguir curándote todavía”. Y yo: “en nombre de los vetustos muros de San Pedro y San Pablo, ten piedad de ti. ¿Soy, pues, el mismo a quien tu sabiduría y caridad desnudaron en una bartolina de diciembre estrellado? ¡Después te asomaste a mi universo y te quedaste a oscuras! Entonces tú conoces el talento como los tuyos las virtudes

de Faramalla. Clínico estupendo, te aviso que tiré ha tiempo los fárragos que me abrumaban y me conquisté. Tú sigue con tu joroba de libros y clientes, galimatías; sigue tu camino de discos amarillos, resonantes (¡buen provecho!) y resérvame el derecho de no reírme de ti a carcajadas. ¡Alfonso, ten piedad de ti!”.

43 ¡Ah, ésta es Altagracia! Sería imposible olvidarla. Altagracia, eres otra. No para mí. Mi mujer dice: “hacendosa, limpia y muy pronta... un poco triste aun, necesita tónicos”. Es la inocente manía de los enfermos sin remedio. Altagracia, óyela abriendo tu paraguas... como yo. Tu dolencia cabe en la industria y rebasa la ciencia, o lo que es lo mismo, criadita sin sueldo, la medicina y tú nada tienen qué hacerse. Menos mal para ti a quien cura un cura. Acércate sin temor. Sí, yo sé. El hombre te ha hecho daño, un daño enorme. No te inquietes, Altagracia: el hombre sólo es tonto o ignorante o las dos cosas. Malo no, por que el mal es una palabra. Los barrenos en mis huesos, los relámpagos

en mis carnes, las mordidas de taladro en mi vientre, la luz fulgurante en mi cerebro, todo a tiempo, de día y de noche, un mes, dos meses, dos años, cinco años, purificaron al hombre y ahora ha dejado las esferas inferiores. ¡Casi Dios! ¿Comprendes?... No temas que mi mano acaricie la seda de tu perdón... Altagracia no corras... Lenín...

Dio un salto y me miró.

Un error es posible. Con todo sigo creyendo en Lenín.

■ ■ ■ ■

Altagracia, estás muy crecida. No para mí que salí de la escuela. Tus ojos dicen lo que tus oídos no se atreven a oír. Te hacen daño tu miedo y mi secreto. El mío es tuyo también. ¡No te asombres! El campanero y el guardafaros ven más; pero yo soy lámpara de Crookes, aeroplano y casi estrella.

¿Por qué te escondes? Ahora que estás vestida te turbas por el otro vestido que te falta.

¡Tonta! Lo que llamas “mi maldad” no deja de serlo con las telas confeccionadas en los talleres de gasmoñería. Si tu odio ha de apagarse en un borbotón de sangre, no incurras en la afrenta de empalidecer... Pero el odio es algo monstruosamente pesado para el que odia. ¡Mírame, mírame a los ojos! El cura te enseñó que al vértice del odio está el infierno; yo te digo que donde acaba el odio comienza la escala de Jacob. Ayúdame a subir más; ayúdate a subir más. Él era un ignorante y un necio no más. Naturalmente merecía morir. ¡Claro que murió!... ¡Qué preguntas! Yo lo sé todo... Sí, fue el mismo día que comenzó su ascensión... que comenzó mi ascensión... ¿Y ahora te vas?... Espera, Altagracia, digo, Lenín... Lenín, espera, es preciso decirlo todo...

Pero aún puede con su miedo y su secreto. Dio un salto tremendo y me miró.

Igual que el día que se tiró por el balcón...

El amor es dádiva, Altagracia. La Otra fue un pozo seco. ¿Qué pueden darse dos pozos

secos? ¡Bendigo el crimen que hizo brotar borbotones de luz! Es inútil tu resistencia al centro de gravedad. Coincidirán en un punto tu odio y mi crimen; chocarán con estruendo de nubes y se fundirán en el oro líquido de la dádiva.

El sello húmedo de tus labios ponga en nosotros la primera palabra de Cristo.

No te inquiete la Otra. En verdad la compasión no es para ti, no es para el que lleva camino de estrellas, sino para quien no supo mirarse en el espejo de su vacío.

Hoy la he visto ensayar velos de viudedad frente al infinito cuadrilongo de cristal azogado. Tenía la belleza de los ocasos. Ella no sabe que es ocaso. Ningún ocaso lo sabe.

Mi compasión llora todavía.

■ ■ ■ ■

Interrupción de tres meses, noventa días, 2160 horas. San Sebastián o Luzbel, rotas las alas bajo el edredón, y blanco como la hoja de papel de

Altagracia, gráfica, temperatura, pulso, respiración, ticket de primera clase y tú conductor, Altagracia...

La Otra siempre ha sido así. Va por el cura y el pasaporte ahora que yo te pido mi corbata de seda.

Y bien, te doy la gran noticia, tus ojos de obsidiana y de redención nos han embellecido. He aquí los hechos. Mi paciencia obedeció a su deber y he seguido el hilo de tu cuento sin hilvanar. “Esa es toda mi vida”. Sí, eso crees, nuestra memoria es infiel y para poder vivir hemos de olvidar y fantasear. Está bien. Dijiste: “Juré vengarme del asesino”. ¡Espléndido! Pero tu amigo el alcohol, ferozmente leal, se te enredó en el cuchillo. Entonces, “juro odio eterno al pulque”. Otra verdad que me suena a hueco... y no. Lo importante es haber comenzado. Pudiste romperte en granada. Pero no temo el zumo de granada que es mancha indeleble, aun cuando el Marcelo de tu noche pudiera resultar el Yo de tu

aurora... ¡Calma!... un momento o un siglo... es igual. Yo vivo en el Ecuador, pero las noches de seis meses tienen su aurora y me verás! ¡Tú me verás! Te digo gracias, porque supiste romper el triángulo de tu vida a base de alcohol y finalidad de acero. Gracias, sí, porque recomenzaremos equilateralmente hasta caer en el punto infinito del círculo. Y gracias, porque mi cordura coja entre dos antagonismos recobra hoy su equilibrio entre tus brazos centrípetos.*

* (*Nota bene*: el doctor creyó en la hora del perdón y al ir a poner el sello, entró su señora y no encontró las cosas de su agrado, terminando así este episodio).

...Santo... Santo... Santo...

Entonces Altagracia, noctívaga, lloró con Dios porque era rica. El mundo ya más grande que la colonia de la Bolsa; las gentes que arreglan su vida de otro modo que con alcohol y puñal digieren bien y duermen mejor. Eso aparte de la moneda menuda de su alcancía: el amor al prójimo del cura de Santa Catarina, el perdón de las ofensas del doctor paralítico y el cumplimiento del deber de su esposa severa y equivocada.

Altagracia, ebria del heroísmo del médico santo, mártir y loco, pensó: “todos están perdonados”. Y suspiró a la vez que sus ojos repararon en la cédula de una puerta: “Se solicita criada”.

■ ■ ■ ■

Las Gutiérrez de Irapuato —mamá enfisematosa, dos niñas mirando venir los cuarenta, tápalos de cucaracha en cucurucho, cinta azul, faldas

amplias y reptantes, tacón de piso—, oyeron decir un día: “Carranza y Villa vienen cerrando templos y expulsando sacerdotes”, y mirando hacer, ellas también liaron sus maletas, su piedad acrisolada y su irreprochable estupidez, metieron en un canasto un gallo y tomaron el tren, rezando: “Santo, Santo... Santo, es Dios de bondad, siendo Trino y Uno por la eternidad... Que se haga, Señor, tu voluntad...”.

Y llegaron a México a la zaga de los tiburones despavoridos de la impiedad y de los dientes amarillos que fajados a la cintura y sobre el pecho venía enseñándole el muy católico y sufrido pueblo mexicano.

Pasó la tormenta. Gracias a la habilidad financiera Cabrera-Carranza, los tiburones acabaron de tragarse a la familia menuda e inerme y regresaron a sus escolleras, simulando gruñidos que eran eructos de puro hartazgo.

Abandonadas en la resaca, las Gutiérrez, suspirando, dijeron otra vez: “...y que se haga

Señor tu voluntad...”; pero ya sin sus tres casitas en Irapuato —cuarenta y cinco pesos mensuales— y sí con un letrero en su accesoria, “Se cose ajeno”.

Y se propusieron ahorrar diez centavos todos los días hasta acabar tres pasajes de segunda a Irapuato. Sólo que el día que los acabaron, en vez de anudar las maletas, dijeron: “y que se haga, Señor tu voluntad”, y agregaron otro letrero a la puerta: “Se solicita criada”.

Porque la fuerza del instinto es más poderosa cuanto más se descende en la especie.

■ ■ ■ ■

El júbilo de Altagracia, pues, durante el primer momento —ambiente de libertad, igualdad y fraternidad— cedió a la opresión de un cambio brusco de alturas, a la inquietud angustiosa del camino extraviado. Esoterismo en las palabras llanas, actitud hierática en los gestos sencillos, vida superior en el perenne trabajo y en la pe-

renne oración. El tac tac de las dos Singer, el rumor hipnótico de los rezos sin fin: un rosario de cinco, alimento predecesor de cada alimento del cuerpo; padrenuestros y avemarías, credos, salves y trisagios por el eterno descanso de mi abuelo, de mi padre, de mi tío, de mi amigo, de mi enemigo” y vuelta luego con los vivos: “mi madrina de confirmación, la madrecita de la Villa, mi confesor, mi vecina del 34, el viejito del estanquillo” hasta acabar con “estas gentes del gobierno que nos rige, a quien Su Divina Majestad haga la maravilla de abrirles los ojos del entendimiento”. Homenaje y desagravio por las vanidades humanas en el retacito de seda, flores en oro y rojo litúrgico de los forros de las visitas de nuestro Amo; un pedazo de terciopelo morado y orla de fino encaje en la trecena de nuestro seráfico padre señor san Francisco. Y todo un muestrario de lanas, sedas y algodones en la carcomida y bien sudada librería de novenas y triduos de todos los santos mayores del año. Sin

faltar en los días feriados el granito de incienso fino y un par de velones retorcidos y lacrimosos. Tuteo con Dios, bromas con los santos y la corte celestial ocupada no más en atender hasta las íntimas necesidades de la familia, en su accesoria de a catorce pesos mensuales.

Atmósfera de sebo fundido, desgarrada a cada cambio del tiempo por el canto anginoso del gallo viejo que arranca tres simétricos suspiros y orienta seis ojos aborregados rumbo a Irapuato. Un segundo no más, porque el amor que no es de Dios, amor mundano y pecaminoso es.

El espíritu de Altagracia boga como la paloma en la lámpara de aceite del Sagrado Corazón de Jesús.

■ ■ ■ ■

Pasan días de plomo.

Pero aquel silencio de iglesia, aquella devoción sin resquebrajaduras, aquel alabar a Dios hasta por los cólicos y las jaquecas, va afianzando

aquí y allá las ideas vagas y desparpajadas traídas de la casa del doctor mártir y loco.

Por fin:

54 —Niñas, quiero confesarme y comulgar como ustedes, todos los días.

“¡Santo... Santo... Santo...!”, etcétera.

Desde ese día, pues, Altagracia, por mal nombre la Malhora, comió en la misma mesa de sus amas. Su alma se volatilizó en el ambiente de paz espiritual; dejóse arrastrar por la mansa corriente de un sopor sin ensueños ni pesadillas.

Pero la vida vegetativa, odiosa y perversa, devolvió forma y color a sus carnes.

Tanto, que un día las santas cuarentonas, sorprendidas y escandalizadas, con las manos sobre los ojos, así la reprendieron:

—Mujer, se está poniendo muy indecente. Abstinencia, ayunos, oraciones. Póngale menos garbanzos al caldo.

Y le mostraron la cuerda de san Francisco que hunde sus ásperos ixtles en un surco hon-

do y encobrecido en la cintura, y le enseñaron la disciplina de apretados nudos que rompe las carnes y purifica el alma.

—Bendito sea Dios, niñas, que yo no necesito de eso. El sacristán de Santa Ana y los gachupines de la panadería me dicen picardías. Pero, por este pan que me como, a mí esas cosas no me dan calor ni frío. Como luego dicen: “tuna picada por los pájaros antes de madurar”.

Ni ella pretendió injuriar ni hubo quien se diera por aludida.

■ ■ ■ ■

Pasaron semanas, años —¡cinco años!— de letargo y de opio místico, hasta que un día...

Porque el ardor divino que pudo domeñar a Altagracia se quemó las alas antes de asomarse a las tinieblas donde se había escondido la Malhora.

Fué un domingo, después de misa. Quizá el adivinar la intención de un codazo o de un

empellón a las puertas de una iglesia donde se aglomeran los rebozos, la manta y la mugre, implique un grado de sensibilidad muy exquisita, por atavismo o educación; ello fué que un codazo y un empellón las pusieron al instante de cara, que nadie supo cómo ni por qué y ya estaban en medio de la calle, gallos finos de pelea, fijos los ojos y restirado el pescuezo.

Se hicieron el ruido y el silencio obligatorios. Golpes secos, respiraciones jadeantes; dos bultos grises que se revuelcan. No hay tiempo de saber quién anda arriba o abajo. Las dos tienen ya sangre en las manos y la cara, cuando se oye un chillido de rata cogida en la trampa. Ambas se ponen en pie y se separan. La Malhora lleva entre los dientes un fragmento del lóbulo de la nariz de su contraria.

■ ■ ■ ■

En trémolo sobre agudo, las santas mujeres entonan ante el altar: “¡Santo... Santo... Santo!

¡Es Dios de bondad! ¡Siendo Trino y Uno por la eternidad!”.

Y la puerta está atrancada y los cerrojos corridos.

¿A qué llamar, pues?

Pensamientos y sentimientos se funden en un desconsuelo infinito, en la indiferencia universal infinita y en la impiedad de un cielo hueco.

La Tapatía. Se pintan rótulos

59

Bajo un sol rubio todavía que hace diamantes, rubíes y esmeraldas de los vidrios de un basurero, hay un manchón leonado de negro y blanco, que ora se extiende, ora se concreta. Son seis, siete, ocho, nueve con el acólito pinto, tonto y entromentado. Ella gira sobre sí en el centro y tiene el espanto de su fugaz majestad amenazada. Y algo más. Por decirlo así, ha perdido los estribos. De pronto dos gritos penetrantes, de rabia uno, de dolor el otro; confusión de orejas, hocicos, patas, colas, y la mancha se desmorona. Entonces reorganizase solemne y premiosa la procesión a media calle; lenguas rojas pendientes, de ritmo apresurado, ojos consumiéndose en un problema de trigonometría y colas en rígidas interrogaciones. Esponsales y combates.

Pero los ojos de Altagracia vagan por las ondulaciones acuminadas de la lona gris de una

carpa, el gigantesco aro de hierro de la ola giratoria, la torrecilla de ladrillos achinados de una iglesia absurda. Absurdos también los graves postes y festones de la electricidad. Pasan a lo largo de una calle sobre un caserío mezquino que va empequeñeciéndose hasta lamer el polvo, hasta fundirse en la línea verde gris de la falda de los cerros y allá muy cerca de un cielo como ojo con catarata.

Cosa extraña: parece que ha adquirido un sentido nuevo en los seis años de ausencia. No un sentimiento, simplemente una constancia de algo insospechado; lo inarmónico, lo asimétrico, lo deforme, lo feo.

La anarquía de la línea y del plano en casetas, barracas y puestos arrojados al azar. Anarquía del color incoloro. Hormiguero de rostros hoscos y cansados, párpados de bayeta, piernas sopladas, cachuchas, un tejano sarnoso, toallas y suéteres imposibles. Harapos que van y vienen en la impasibilidad sublime de la inconciencia.

Fraternalmente de la mano la maldad y la imbecilidad que se ignoran. Por los suelos escuadrones de zapatos embetunados, gestosos y gachos de fatiga e insolación; a los bordes de los tejamaniles sin ensamble y de las hojadelatas chorreando moho, tendedores perpetuos de ropas descoloridas y flácidas como ahorcados. Un canario, la espada de general y una biblia protestante; afroditas económicas, la oración del Justo Juez y un durmiente de acero; una alcachofa agusanada y sobre el lomo de un armadillo vivo un bonete de cura. Mobiliario, vestuario, bestiario y vituallas. Letras, industrias, bellas artes y forrajes. Verteadero de todo el desecho de México en remojo y remozo. El gran colector de la calle de la Paz roto en una cloaca. La omnipotente pátina de la mugre abillantándolo todo, como es brillante y repulida la superficie de un pantano.

Altagracia se estremece, pues, en un calor frío sentimental mitigado. Es su medio... y no... ¡tanta cara desconocida!

Aquel parece, de lejos, el Flaco... Sí, su misma cachucha, su misma nariz, su barba, en un todo inconfundible. Algo, sin embargo, que no es precisamente suyo, el pilón rústico de encino que lo prolonga y lo adelgaza hasta el punto de que ella a su lado parece garra de su muñón.

—Flaco... Flaco...

Bajo su rostro terreo, sus ojos de esfinge de trapo se detienen incomprensivos.

—¿No te acuerdas, pues, de mí?

—¡Anda, co... por la mera voz no más! La Malhora ¿verdad? Cuenta... ¿qué ha sido, pues, de tu vida?... ¿Yo? ya lo ves. Un balazo, seis meses en el hospital... allá se les quedó la pierna; pero no fué eso lo peor, co... Me hinché todo... la hidropesía ¿sabes? Los médicos dijeron, “es el pulque”. “Que coma puras legumbres” y otros, “que coma carne” ¿entiendes?... Bueno, me entró miedo; pero al fin uno no es caballo para beber agua; tomo chinguere ahora y me asienta.

Entraron a La Hermosa Joven y después de

medio día salieron zigzagueantes y divergentes. Pero Altagracia, antes de perder la cabeza, tuvo noticia de un estanquillo La Tapatía y de una accesoria Se pintan rótulos, allá por las calles del Doctor Vértiz.

Al otro día, intolerancia gástrica, avidez de agua y virtudes, los primeros pasos a la Villa en visita de desagravio (Dios no quiere la muerte del pecador, etcétera), y un registro a los Avisos Económicos del periódico de la mañana.

■ ■ ■ ■

—¡Adelante!

Voz de xoconostle y de cántaro constipado. En el claro vertical la cara desafinada de la Malhora.

—Digo que entre... ¿está sorda?

—La impaciencia del viejo rueda en dos mosaicos desorbitados.

—Doce pesos, ración de pulque y domingos libres por la tarde. ¿Conviene?

Especie de don Quijote en paños menores, sus glúteos, sin embargo, desbordan un tazón de hoja de lata y su abdomen se proyecta piramidal.

64 —Hacer lo que se ofrezca. Sobre todo que no le falte agua para mi semicupio. Renovarla cada dos horas. ¿Conviene? Entonces suba y deje sus trapos. Espere, oiga... ¿tiene padre, hermanos, tíos o algún pariente soldado?... ¿nada?... no hay entonces que hablar más. Para los bandidos ni sol ni agua... Usted se ha puesto a mirar esa amplificación. Sí, soy yo con mi uniforme de brigadier... pero no de los de ahora. Soy viejo soldado, servidor de la República... Voltée pa acá. Cruz del 2 de abril, medalla de la Carbonera... condecoración del Sitio de Querétaro... ¡Un pobre diablo!... Sí, un viejo servidor de la República... ¡esa era madera!... Purita gente decente... Se fue nuestro gran Porfirio Díaz... se fue Huerta... ¿qué queda? ¿dónde está, pues, la gente honrada?... Ya lo ve, en su casa tomando baños de asiento para echar fuera los malos humo-

res... Vaya, pues, arriba. Oiga, déme primero mi vaso de jugo de naranja y mi *Monitor naturista*... ¡Ah, si no fuera por la teosofía!... Pero me ha traído el de piña... Comenzamos mal... A ver, venga acá a la luz... póngase aquí... Los ojos pequeños, la frente estrecha, la nariz roma y aplastada, los pómulos como pitones... ¡Hum!...

—No tienes tú la culpa, muchacha, sino el gachupín imbécil que no supo hacer contigo lo que el yanqui con los pieles rojas... ¡Bello país! ¡La gran nación!...

La cabeza de simio, corteza de coco de agua, trémula en un halo cerdoso como cepillo.

Entonces sopla el huracán, retiembla la escalera y los muros empalidecen.

El general da un salto fuera del semicupio.

—Pronto... arriba... corra, que es mi hermana Eugenia.

La señorita Eugenia, ciento noventa libras, botas de doble suela, traje sastre, sombrero canotier. Relampaguea, resopla, gime, bufar y prorrumpe:

—¡Bagazos... cáscaras, papeles... trapos... agua puerca! ¡Lo de siempre: No un cerdo, sino un chiquero... ¡Viejo tal por cual!...

66 Todas las interjecciones de que se abstiene la gramática, mientras el general desaparece bajo el cubismo policromado de su colchoneta.

Llegada a su máxima presión, la cólera de la señorita Eugenia escapa por los extremos cuadrangulares de sus botas. Y vuelan semicupio, silla y hasta el vaso de peltre del naranjate.

El general, ya en la paz de los hombres de buena voluntad, asoma la cabeza y pronuncia sin temor:

—Altagracia, ahora puede bajar... Acérqueme mi semicupio, ponga al fuego el cautín, deme los clavos y el martillo. ¡Ah, pero es la hora de mi escoleta!; deme primero mi clarinete y la fantasía de Lucrecia Borgia que dejé en el excusado.

■ ■ ■ ■

Al trigésimo día, el viejo servidor de la República espera que se vaya la señorita Eugenia y llama a Altagracia:

—Oiga usted: en beaterías se le va media noche, media tarde y media vida... ¡Paso!... Soy liberal de la vieja guardia, pero transijo con la política de conciliación... ¡Carmelita!... ¡nuestro gran estadista!.. Pero no es eso todo: la primera semana quebró el vaso de mi limonada, sin embargo respondió a todo, “sí, señor; sí señorita”; la segunda semana rompió tres platos de porcelana, un botellón de cristal y se volvió sordomuda; ésta última, ha hecho pedazos un lavabo, astilló la boquilla de mi clarinete, olvidó cerrar una llave y se nos inundó la casa, y anoche cuando le pedía agua para mi semicupio, dijo entredientes una insolencia de esas que a mi hermana Eugenia no le gustan en boca ajena. Como medida de prudencia y conveniencia le aconsejo que junte sus tiliches... y a la calle sin esperar a que ella venga y le ajuste las cuentas...

67

68 Y como Altagracia comenzaba a idiotizarse a fuerza de desveladas y no podía salir aún de la convalecencia de su último lance, encontró buena intención y sabiduría en las palabras del anciano.

La Malhora

69 Por tanto, cuando Altagracia suspiró, “¡ay, cómo pasan los años!”, fue el día de su santo entre batas y gorras blancas, muy lejos —por no ahondar más la herida— de la Malhora, de Lenín y de la mística familia de Irapuato. Enferma disfrazada de afanadora, ya con dos miriápodos en el vientre, uno por apendicitis que nunca tuvo y otro por salpingitis que tampoco tuvo —bellas cifras estadísticas de valientes aprendices y futuras glorias de la ciencia medicobancaria.

Cinco años de letargo o de *mens sana in corpore sano*; luego, un día, sin saber a qué hora, sin saber cómo, sin saber por qué, la náusea por el alimento, la jaqueca por la mucha luz, el mal humor porque lo ven o le hablan a uno o porque no lo ven ni le hablan. Los sueños inconexos, absurdos, enervantes; después el perenne desasosiego, los insomnios que funden la línea curva y dejan col-

gajos de piel ociosa, todo, aparte de la consulta médica, catástrofe crónica y rítmica. Alma doliente de consultorios, dispensarios y casas de beneficencia, bajo la obsesión eterna del médico y la medicina; la fe en el poder de la ciencia y sus satélites; fuerza portentosa que levanta las almas cojas hasta las cimas más altas de la imbecilidad humana. Afanadora, al fin, para respirar el mismo aire de las divinidades buítricas. Sólo que no supo que en los hospitales no están los especialistas para afanadoras. Sólo que no supo retener las palabras del médico megalómano y mártir: “tu dolencia tiene que ver con las industrias, no con la ciencia médica, criada sin sueldo”.

Y en el momento nebuloso de su despertar —desmayo importuno en plena clínica— un relámpago impío lo acabó todo: “Esa muchacha a la calle; es mucha música ya”.

■ ■ ■ ■

“Señor practicante, adiós. Me voy llorando mi mal sin remedio y las esperanzas que dejo aquí enterradas... El primer día todos me oyen; pero al siguiente unos me tuercen la cara y otros ni hablar me dejan. “No tienes nada, muchacha; lo que te falta es esto y esto y estotro.” ¡Sus lenguas! No por mí, señor practicante; sé dónde nací y entre qué gente me crié... También es cierto que no sé expresarme como la gente, que soy tonta... pero ¡esa tonadilla! “¿qué le duele?” Me duele eso, que nada me duela; pero esta es mi falda de hace cuatro meses y esta no es mi cintura de hace cuatro meses...

“Adiós, señor practicante, y que Dios lo bendiga por su buen corazón, porque sólo usted tuvo paciencia para oirme, para oirme tanto... ¡Ah! ¡si no me hubiese preguntado también tanto!... Porque sus preguntas fueron escarbaderos en mi corazón... Que cuántos hombres he tenido; que a quién quise más de todos; que de quién me acuerdo todavía... que si hicimos esto u lo otro,

que si no hicimos... que si cuando cortamos la ebra corrió el gallo... ¡Dios de misericordia, lo que usted se habrá figurado de mí! Y que si le suspiro y le lloro o lo sueño todavía... Y cosas y cosas... Pero lo que a mí no se me alcanza es que eso tenga algo que ver con mis males. Porque mire que es batalla: yo a dícele y dícele lo que mi cuerpo siente y usted a pregunta y pregunta —con perdón de usted— lo que no más a mí me importa. Y dígame, señor practicante, ¿eso es pura curiosidad de preñada o también está aprendiendo a licenciado? Lo mete a uno en más confusiones que ni los juzgados de Belén...

Y me voy muy triste también por lo que me dijo ayer: “Altagracia, ni oler el pulque, el mundo se te cerraría en dos caminos únicos, o el manicomio o la penitenciaría.” ¿Por qué me dijo eso? Yo ahora tengo temor de Dios y me confieso y comulgo cuando la Iglesia Romana lo manda... ¿Entonces?... Son cosas que no comprendo, pero que me hacen llorar. Un día me

dijo aquel médico de quien tanto le he hablado: “Altagracia, tu odio se apagará en un borbotón de sangre”. ¿Qué sambenito llevo, pues, que todos me miran así? ¡Oh, ese médico era un loco y era un santo!... Voy a contarle: sabía leer aquí en mi corazón como usted en ese libro... Sí, se lo diré, pues... Yo aborrecía a un hombre como nunca en mi vida... Mire, señor practicante, nací con el pulque en los labios, el pulque era mi sangre, mi cuerpo y Dios me lo perdone —era también mi alma—. Pero mi odio era más grande: no me cabía en el cuerpo ni en el alma... ¿Sabe? el pulque le estorbaba... Bueno, eché fuera el pulque, lo dejé, lo aborrecí para que lo otro cupiera bien... ¿me comprende, señor practicante?... Mire, como haber Dios en los cielos que cuando eso comenzó yo era de veras doncella. Paseaba por mero Tepis y no había hombre que no se me quedara viendo, y uno me tira una flor y otro me suelta un piropo, y el tosedero y las picardías de los oficiales en los talleres por don-

de yo iba pasando. Bueno, pues él, armado, armado... “¡ándale, que yo te pongo casa!” “Marcelo, yo siempre te hice a ti buen pasaje; pero tú no eres de los que le cumplen a una mujer”. “Te digo que sí. Te quito de esa vida que llevas con el borracho de tu padre”. “Mentiras, puras mentiras tuyas. Mira, mejor es que la dejemos de ese tamaño”. Y él, armado, armado... Bueno pues: hizo de mí lo que quiso. Pasó una semana, y yo callada. Pasó un mes, y yo callada. Un día no pude ya y reventé: “¿oye, Marcelo, y la casa que me prometiste?” ¡Condenados! se mofaron y se rieron de mí hasta que les dolió el estómago. “¡Ah, entonces eso era lo que tú querías!... ¡Pero mira, tal por cual, que me la pagarás!...”.

“Me encontré con un amigo: “Flaco, préstame tu navaja”. Y me salí a espiarlo, una noche. Andaba allá por Tenoxtitlán; la Tapatía le daba su volantín. “¡Toma hijo de la... pa que no te pierdas”. La de malas, señor practicante, se dio el reculón y el cuchillo nomás le chilló por

las costillas... Siempre salió la tuna... se armó la bola. “¿Ah, conque te vas a rajar, desgraciado?... ¡Qué poca madre tienes, hijo de la!...”.

La Malhora, la Malhora y la Malhora. ¿Quién mero fue malhora, señor practicante? Me di a la bebida, al cigarro... de día y de noche; perdí el sentido, hasta que... pero esa es otra historia de la que no quiero ni acordarme. Bendito sea Dios, señor practicante, que eso ya pasó para siempre. Bendigo al santo médico que con sus palabras y sus visajes me fue abriendo poco a poco los ojos del entendimiento; benditas sean las santas mujeres de Irapuato que me enseñaron a amar a Dios sobre todas las cosas... De veras que ahora ya ni amor ni celos... Como digo una cosa digo la otra... El por su camino, yo por el mío y que Dios nos acompañe. Me voy, pues, señor practicante, me voy a llorar, a llorar mucho, hasta que mi corazón descansa”.

Entonces una primera, frondosa y casi hermosa, la llevó a la puerta del hospital y así la despi-

dió: “¡Insomnios, hija, insomnios!... Yo sé. En el colegio de niñas de Nuestra Señora de Lourdes los dejé prendidos con mis tocas blancas y mi banda azul. ¡Se pone una insoportable! Como tú. Pero aquí erraste el camino y por eso te echan. Estos médicos lo único que saben hacer bien con nosotras es el amor. Un amor puro, desinteresado, sin consecuencias ¿entiendes? Algo delicioso, primor. Bueno, pues con eso y tu pulque después de cenar, una, dos, tres, cuantas medidas te pida tu cuerpo... ¡Mírame a mí! Remedio que nunca falla...”.

El sencillo peregrino del Tepeyac que da de buenas a primas con una mujer en camisa en los aparadores de la avenida Madero, se espantaría menos que Altagracia del consejo infame.

Echó, pues, a correr, a correr... hasta que, las alas rotas, cayó en los brazos abiertos de la primera pulquería que le salió al encuentro.

Un instante no más el enigma de sus labios palpitó indeciso sobre la superficie blanca y trémula del líquido fatal: un vuelco de la medida

rasa, choque tremendo de avideces incontenibles; la boca, la nariz, los ojos, el alma entera...

Tumulto de imágenes, deseos, reminiscencias. En su cerebro suben y bajan y se revuelven ideas inconexas, absurdas, heterogéneas. Vocerío abigarrado; los aplausos y silbidos y las dianas de una carpa que no existe; el croar estúpido de un gritón de lotería que no ha de creer ni en la paz de los sepulcros; las querellas engomadas de los cilindros; los caballitos que no andan y las bocinas que nadie oye. Camas blancas también y blusas blancas y pabellones blancos y siluetas atormentadas. La faz cadavérica del doctor y el brillo contradictorio de sus ojos y de su boca en perenne sonrisa; la esfinge odiosa de un practicante impertinente e intruso, el tac tac tac tac de las Singer y el rumor insoportable de los rezos de tres cucarachas que no se cansan de sangiguarse; un crucifijo enmohecido sobre un pecho abovedado de manpostería. Ebullición de ideas y sentimientos informes, imágenes que

se fusionan y desintegran; zarpazos de anhelos encontrados, saco de alacranes locos.

Venga el tercer vaso.

78 ¿Qué? Sus ojos alucinados leen muy claro en la esmeralda del cristal, LA TAPATÍA - SE PINTAN RÓTULOS...

Un geisser brota entonces del fango de pez derretida.

La incógnita de su destino despejada al fin.

Su salud y su vida en la hoja brillante de un cuchillo.

Da un grito de júbilo, se levanta y corre al Volador.

■ ■ ■ ■

Pues no señor, nada. Al primer cachete la dentadura de la Tapatía (veinticinco pesos, patente registrada) mordió exhilarante las duelas del estanquillo. Desarmada y estupefacta, en vez de cuchillo, la Malhora sacó devotamente el rosario de su cuello y lo puso en manos de su rival:

—¡Reza, reza, que es lo que te queda en la vida!...

Y con las muelas de la Tapatía y el abdomen pujante de Marcelo, medio sofocado bajo el catrecito de hierro en la accesoría SE PINTAN RÓTULOS, la Malhora talló dos cristales que corrigieran su astigmatismo mental.

79

La Malhora, de Mariano Azuela, se terminó de editar el 20 de abril de 2012. En su composición, a cargo de Patricia Luna, se emplearon tipos Sabon de 23 puntos.



